

El Nuevo Diccionario de la Academia

LUCUBRACIONES LEXICOGRÁFICAS

P O R

CARLOS F. MAC HALE

Miembro Honorario de la Academia Chilena, autor de importantes obras filológicas y catedrático de lenguas en Chile, España, Inglaterra y Estados Unidos

Ha pasado casi inadvertida la aparición de la décimosexta edición del Diccionario de la Academia Española, debido, en buena parte tal vez, a las trágicas circunstancias en que ha visto la luz pública. Posiblemente se deba ello también al limitado número de ejemplares que han llegado a este lado del mar.

Hacer un detenido estudio comparativo entre esta última edición y la anterior, es obra superior a la mucha afición que tengo a escudriñar entre las páginas del Diccionario, pero creo que algún interés podrán ofrecer las observaciones siguientes, de carácter más bien informativo y objetivo que lexicológico, aunque contiene algunas apreciaciones críticas.

Salió a luz la nueva edición en el período más caótico de la revolución española. No sabemos si ello haya influido en el hecho de haber aparecido sin Prólogo, cosa rara, si se considera que es la primera vez que falta y que siempre ha sido leído con interés por el público. Es tal vez esta una prueba más, de las varias que se podrían dar, de la mala sombra que tiene el Diccionario.

En medio de la labor de revisión, y cuando más preciosos eran sus servicios, muere, sin haber concluido la parte del

trabajo que le había sido encomendada, don José Alemany Bolufer, tal vez el académico que más se ocupaba del Diccionario.

El entonces Secretario perpetuo de la Academia, don Emilio Cotarelo dice en un artículo necrológico que se puede leer en el número correspondiente a Octubre de 1934 del Boletín del citado cuerpo literario: "Trabajó con grande ahinco en la formación del Diccionario usual, siendo el corrector casi único de las ediciones XIII y XIV. Y cuando en 1920 el Director, don Antonio Maurà, dispuso que para la edición XV fuesen revisados uno por uno todos los artículos, dando él mismo el ejemplo al encargarse de las voces de Derecho y de Política, tuvo Alemany de su cuenta, una tercera parte de la obra total, en que la Academia empleó los cinco años siguientes. Igual cantidad de trabajo le cupo en la revisión de la edición XVI, actualmente en prensa, que deja casi terminada, faltándole por corregir unas tres hojas de la letra N. Esto es lo que nuestro compañero hizo dentro de la Academia"...

Las palabras anteriores prueban, de modo irrefutable, dos cosas: la dejadez y poco interés que había en el trabajo de preparar las nuevas ediciones, y la malísima suerte que tiene el Diccionario. Cuando más necesitado estaba de ayuda, desaparece la persona que más interés demostraba por los trabajos lexicográficos, y sin duda el académico que más entendía de lexicografía. Falleció también poco después el señor Cotarelo, que en su puesto de Secretario perpetuo había servido a la Academia durante largos años.

Dice el señor Cotarelo que Alemany dejaba su trabajo casi terminado, pero un ligero cálculo nos demuestra que ese casi queda bastante lejos del término. Acaba la letra N de la décimosexta edición en la página 898, y el número total de páginas es 1323. Si descontamos de aquel número las tres páginas de la letra N que no alcanzó a corregir el señor Alemany, y restamos 895 de 1323, habremos comprobado que apenas había hecho dos terceras partes del trabajo. Y que éste quedó poco menos que abandonado podemos comprobarlo en la fe de erratas: de la A a la N se encontraron 246 erratas; de la Ñ a la Z, sólo 2. Si hasta la corrección de pruebas se resintió de falta de atención, con mayor razón las varias otras fases del trabajo que aún a esas alturas podían ser atendidas.

La afición que tengo al Diccionario y el continuo explorar en sus páginas, me han permitido cerciorarme de varias novedades. De entre ellas las que más interés han de ofrecer al lector son el cambio de tipo en el encabezamiento de los artículos y el aumento en el número de vocablos definidos. Es evi-

dentamente una mejora el cambio a mayúscula y minúscula de las versales que antes se usaban en los encabezamientos, pues los acentos, que en la edición anterior casi no se distinguían, aparecen ahora muy claros. El número de voces nuevas supera en un cincuenta por ciento a las de la edición XV. Si fijamos en sesenta el promedio de artículos por página, las 54 páginas más que tiene esta edición que la anterior, acusan un aumento de tres mil voces por lo menos.

Es alentador en sí el hecho de que haya demostrado más liberalidad la Academia que en el pasado en cuanto a inclusión de palabras nuevas; pero no parece, desgraciadamente, que consideración de tanta importancia como ésta, merezca siempre suficiente atención y estudio de parte de la docta institución, a juzgar al menos por el número de veces que se ve en el caso de enmendarse la plana, y por la falta de uniformidad que hay en la manera de tratar casos análogos.

En la edición XV, por ejemplo, el empleo terapéutico del radio se llama *raditerapia*; en la XVI el nombre es *radioterapia*. En aquélla aparecía también esta última forma de la palabra, pero con una definición diferente e incorrecta: "Empleo terapéutico de los rayos X". En la edición XIII habíamos visto *quechúa*, *quichúa* (la primera forma como más importante); en la XV desaparece el acento y *quichua* es más importante que *quechua*; en la XVI *quechua* ha desaparecido. Antes *romancesco* significaba novelesco; ahora el sinónimo de novelesco es *romanceresco*, y el artículo *romancesco* ha desaparecido, a pesar de que la palabra sigue como segunda acepción en el artículo *romanesco*. A quienes habíamos leído *labrantera* en nuestra literatura antigua, en la Celestina, por ejemplo, nos extrañaba encontrar *labranderá* en las ediciones anteriores y en el Diccionario manual. Ahora se ha cambiado la *d* en *t*, pero cuando a muchos por los menos ha entrado la duda.

Falta de lógica hay en la forma adoptada para dos palabras nuevas: *bequeriano* y *cricquet*. Evidentemente que si una de las dos tiene derecho a la *c* antes de la *q*, es la primera. Si se hubiera seguido la tendencia de la lengua y procedido como en otros casos semejantes, se habría escrito *críquet* y no *cricquet*. Falta el acento, si es paroxítóna la palabra, y sobra la *c*.

Lo malo que hay en todo esto es que la gente, que tanto se deja guiar por el Diccionario, aprende una forma que a veces durante largo tiempo considera correcta, y como resultado de la ulterior corrección se produce en el público lamentable indecisión. Por suerte no son tan numerosos estos cambios de criterio que produzcan en la lengua peligrosa incertidumbre,

pero como van en desmedro del ascendiente de la Academia, conviene evitarlos.

Desgraciadamente no es sólo la parte relativa a la morfología la que se ve algo descuidada, pues adolecen también de falta de atención esmerada la manera de tratar las nuevas voces, su etimología, definición, etc. Todo término que haya de pasar al Diccionario debe ser cuidadosamente estudiado desde todos los puntos de vista que exige la lexicografía. Muchos ejemplos podría dar para probar este aserto, pero aquí me limitaré a citar unos pocos. La palabra *abastanza* ha sido tratada de manera diferente en las cuatro últimas ediciones: en la XIV aparece una segunda acepción (copia, abundancia), que no traía la XIII; en la XV se suprime el significado que aparecía en primer término (calidad de bastante) en la anterior; en la XVI se omite, además de la ya mencionada, la acepción de copia, abundancia que se había incluido en las dos precedentes. *Abstraído* ya no significa, en la edición recién aparecida, "retirado, apartado del comercio y trato de las gentes", lo que parece muy razonable. *Psicópata* en la edición XV aparece con el significado de médico especialista en enfermedades mentales; en la actual, *psicópata* es el que las sufre. Si hay cierta razón para hacer el cambio, queda por lo menos patente la precipitación que hubo originalmente; si no la hay, el caso es aún peor. En el presente uno no puede menos de pensar en *alópata*. Preferible hubiera sido dar desde el principio los dos significados opuestos, que existen en otras lenguas, en el inglés por ejemplo.

Se acaba de incluir *abismado*,—*da* y sólo se da a la palabra el significado que tiene como término de blasón. Debí haberse incluido una primera acepción de participio pasivo, como en los casos de *amansado*, *chapado*, *mojado*, *dormido*, *abnegado* y centenares de otros. Es necesario uniformar la manera de tratar los participios. *Abocetado* y *abnegado* son de reciente inclusión y aparecen tratados de manera diferente.

Los arcaísmos entran y salen del Léxico con demasiada facilidad, lo que tampoco demuestra mucha atención y esmero. Durante muchísimos años ha estado aprendiendo el mundo hispano que *abreviatura* era forma anticuada de *abreviatura*, y ahora resulta que no lo es. Las palabras *abella*, *abocación*, *abonón*, *abrotante* (ya observará el lector que me limito aquí a palabras que empiezan por *ab*-) no son tampoco, desde ahora, arcaísmos, como antes se decía, porque han desaparecido del Diccionario. Han ingresado, en cambio, también como arcaísmos, *abaldonamiento*, *abanero*, *abarrenar*, *abatidura*, *abebrar*,

abellota, abental, abiso, abondadura. Total, cuatro arcaísmos menos que empiezan por *ab-*, y nueve más.

Es muy difícil, realmente, contentar a todo el mundo en esto de sancionar vocablos para que pasen al Diccionario. En el pasado fué excesivamente conservadora la Academia, y se ve que ahora es bastante liberal, al menos más liberal que su hermana francesa. Pero no parece tampoco que la admisión de nuevos términos se haya hecho con suficiente meditación. Si, por ejemplo, se admite un sustantivo generalizado por el uso, lo natural es admitir también el correspondiente adjetivo, verbo, etc., si es que han llegado a ser tan frecuentes como aquél. Si se admitió *fisiocracia*, ¿por qué no *fisiocrático*? Ocurriré lo propio con los términos que pertenecen a la misma familia, con los antónimos, etc. Si se dió la sanción a *siderosis*, ¿por qué no a *antracosis*?

Se han catalogado los explosivos llamados *melinita* y *panclastita*, cuyo componente principal es el ácido pícrico. El mismo derecho de entrar en el Diccionario tienen la *ecrasita*, la *victorita*, la *oxonita*, el *picrato de potasio*, etc., todos explosivos de la misma clase. Ha ingresado la *piroxilina*, pero no la *piromitrina*, ni la *gliceropiroxilina*. Aparece la *nitroglicerina* y no el *nitrobenzol*, ni el *nitroxileno*, ni el *nitrofenol*, ni el *nitrometano*, etc. Creo que no todos, pero sí algunos de estos vocablos son más útiles que *frutier* (oficial palatino encargado de la frutería, según la etiqueta de la casa de Borgoña), *ofendículo* (obstáculo, tropiezo), *llevanza* (acción y efecto de tener en arrendamiento una finca), etc.

La lengua se enriquece con palabras nuevas, nombres de ideas nuevas, no con formas diferentes de palabras que ya existen en el Diccionario. Creo haber probado en el pasado que esta clase de inclusiones sólo contribuye a embarrullarla, y si insisto aquí en este punto es porque me parece que la Academia no se da cuenta del mal que ya sufre la lengua con el exceso de variantes registradas desde antiguo en el Diccionario. En vez de depurarse en este terreno, parece que se infesta más. La sanción que se da a nuevas formas viene a probar a veces que la anteriormente admitida no debió haber ingresado en el Léxico. Las demás lenguas tienden a limpiarse de las variantes que no tienen razón de ser; la nuestra se atiborra de ellas.

El número de voces españolas en que hay prótesis o aféresis o metátesis o síncope, etc., o que se pueden escribir con acento o sin él, con hache o sin ella, en una o en dos palabras, etc., es del todo desproporcionado al de casos semejantes en las demás principales lenguas modernas. No será extraño que más

de algún lector haya pensado ya en si me equivoco o no al escribir *síncopa* y *prótesis*, si es que él dice *síncope* y *prótesis*.

He aquí algunas de las muchas variantes nuevas: *abarbechar* (barbechar), *abestializado* (abestiado), *abetar* (abetal), *abiete* (abeto), *abisal* (abismal), *abolaga* (aulaga), *abravecer* (embravecer), *abulagar* (aulagar), *abulaga* (aulaga). También me limito aquí a las primeras páginas del Diccionario. Por otros lados hay muchas cosas más. Antes no se admitía *palla* ni *paya*; ahora se da gusto a todo el mundo y tenemos ambas formas. En el Diccionario manual se escribió *piyama* (así con y) ahora en el general se pone *pijama* como forma principal.

Tampoco gana la lengua con agregaciones como *sacatapón*, pues ya teníamos *sacacorchos* y *tirabuzón*. Con el galicismo *tirabuzón* se consigue nombrar el objeto a la francesa, lo que no significa ganancia; diciendo *sacatapón* en vez de *sacacorchos* ¿qué ventajas tenemos? Quiera el Cielo que no salga por esas tierras de Dios algún exéntrico ripioso con la variante *tiratapón*. Ya tenemos *ojiprieto* como vocablo equivalente de *ojinegro*. Por suerte *carinegro*, *boquinegro* y *culinegro*, etc., no tienen variantes con *-prieto*.

Muchas de las imperfecciones del Diccionario vienen acarreadas de antiguo y son en gran parte resultado de la forma poco práctica en que se lleva a cabo la labor lexicográfica. De este mal padecen casi siempre las entidades que publican diccionarios. Las decisiones de las Academias son casi siempre razonables, pero si no hay en sus dependencias personal especialmente preparado que se encargue de incorporarlas en forma lógica en el Diccionario, siguiendo siempre una norma fija, que ha debido ser estudiada detenidamente, por la fuerza misma de las cosas ha de resultar incompleta e imperfecta la labor lexicográfica.

Mirada la nueva edición como obra de conjunto, no se puede negar que, a pesar de las imperfecciones que contiene, está a mayor altura que las anteriores. La Academia ha demostrado mucha más amplitud de miras, por lo menos en cuanto se refiere a dar su sanción a voces nuevas. Por de contado que no todas las tres mil voces recientemente admitidas son de la misma importancia. Era inexplicable la ausencia de algunas, como *bimensual*, *racial*, *cablegrafiar*, *manivela*, *abrelatas*, *avícola*, etc. No pocas vienen a llenar un gran vacío en el campo de la ciencia y de la técnica: *vitamina*, *fototerapia*, *octópodo*, *radiolarios*, *magneto*, *bobina*, *radiograma*, *alta voz*, etc. Tiempos nuevos imponen voces nuevas, y de éstas tenemos *obrerismo*, *sufragismo*, *facismo*, *marxismo*, *aeropuerto*, *rascacielos*, *cine sonoro*, etc.

En americanismos no ha sido parca esta vez la Academia, pues un buen porcentaje (ya se puede usar esta palabra) corresponde a las voces de América, entre las que podemos anotar: *pacay* (Amér. Merid.), *pacú* (Argent.), *chabela* (Bol.), *salamanquina* (Chile), *valdivia* (Ecuad.), *pacón* (Hond.), *quechol* (Méj), *querando* (Par.), *challulla* (Perú), *tabacón* (P. Rico), *chalón* (Urug.), *obiudi* (Venez.), *curucú* (Amér. Centra). Sólo en la letra *ch* he hallado más de cuarenta americanismos nuevos. Afortunadamente la mayor parte de ellos son nombres de animales, plantas y usos peculiares a países de este continente, y no acepciones especiales de palabras que tienen un sólo significado en los demás países. Hay excepciones, sin embargo, y unos pocos americanismos no han sido bien estudiados. *Chalón*, por ejemplo, aparece como uruguayismo, con la definición de "manto o mantón negro". En primer lugar, no es necesario que sea negro; en segundo lugar, la voz se usa también en Argentina y Chile con significado semejante.

Entre las voces de deporte encuentro *fútbol*, *cricquet* (sic.), *gol*, *esquí*, *esquiar*, *esquiador*, etc. Se han abierto paso y llegado hasta el Diccionario algunas locuciones que hasta hace poco se consideraban barbarismos: *apercibir* (observar, percibir), *sutás*, *canotié*, *champú* y varios otros.

Dicciones hay cuya catalogación hemos de poner por lo menos entre las discutibles: *llevanza*, *superferolítico*, *andar con botafumeiro*, etc.; y unas pocas, por fin, como *rabassaire*, *pelel*, *cabás* y otras, que no comprendemos cómo han podido ser admitidas. Se da la sanción al galicismo *cabás* precisamente cuando el público español por fortuna lo ha olvidado.

Con gran complacencia vemos que la Academia considera las indicaciones que se le hacen. De una larga lista de omisiones que incluí en la obra en que criticaba la edición anterior noto que las siguientes aparecen en el nuevo Diccionario: *aerodinámica*, *aeropuerto*, *altavoz*, *autobombo*, *autogiro*, *autoritario*, *cablegrafiar*, *córdova* (moneda), *darwiniano*, *decadentismo*, *diputada*, *emulsionar*, *endocrinología*, *filipinismo*, *fisiogracia*, *fonológico*, *fosfaturia*, *fototerapia*, *hemofilia*, *hiperclorhidia*, *hiposulfito*, *hispanoamericanismo*, *impreciso*, *impresionismo*, *internacionalismo*, *maorí*, *megáfono*, *micrón*, *neoclasicismo*, *objetividad*, *pacifismo*, *pacifista*, *papiamento*, *protráctil*, *quintaesencia*, *radiograma*, *radiografía*, *rascacielos*, *senequismo*, *sinovitis*, *sujetapapeles*, *taquicardia*, *televisión*, *tenis*, *vitamina* y algunas otras.

Pero las mejoras que notamos en esta nueva edición no guardan, ni con mucho, proporción con lo que falta aún por hacer

para que el Diccionario quede a la altura a que debe estar. Es de esperar, pues, que cuando la Academia reanude en forma sus labores, una vez que termine la sangrienta tragedia que asola a la Madre Patria, dedique más interés aún a la labor fundamental de mejorar esta importante obra, pues nada puede contribuir más a la mejor comprensión entre los veinte pueblos que la tienen como código infalible del idioma común.

Nueva York, Enero de 1939.

